

14 de febrero de 2003

*Querido Miguel:*

Hace dos horas, llegamos a una aldea que está situada en la parte oriental de África del Sur. El viaje ha sido largo y con bastantes contratiempos. Ha habido momentos, en los que he pensado renunciar a todo y volver a casa, pero recordaba tus palabras: «lucha por lo que quieres y sigue adelante...» Y así lo estoy haciendo, aunque sé, que mi estancia no va a ser nada fácil, ya que esta es una aldea con bastante peligro, porque en ella habita la raza cafre, que es una raza guerrera y violenta.

Nos han instalado en unas chozas con forma cónica; están agrupadas formando aldeas, o kraals, como le llaman los nativos. No tienen agua ni luz y lo más curioso es que no están fijadas en el suelo. La mujer que nos ha traído unas vasijas de agua para nuestro aseo, en un inglés casi incomprensible, nos ha explicado, que las hacen así para cambiarlas a medida que sus dueños se desplazan, en busca de nuevos pastos para el ganado.

En el poco tiempo que llevo, he presenciado la disputa de un hombre con sus mujeres (aquí los hombres son polígamos) no sé por qué razón sería ya que no entiendo su lenguaje, según parece hablaba en bantú. Las ha tratado como animales, daba pena ver sus rostros marcados por la tristeza.

Por unos momentos he vivido sentimientos contrapuestos. Como periodista, he sentido satisfacción de poder filmar su comportamiento sin saberse ellos observados. Mi esfuerzo ya había cogido frutos. Como persona, impotencia y rabia por no poder hacer nada para cortar la situación. Y, casi sin querer (ya sabes que no me gustan las comparaciones) he pensado en la diferencia de esa relación a la nuestra, basada en la comprensión desde el principio.

Recuerdo la primera vez que hablamos de nuestros sentimientos, que prometimos amarnos con generosidad, sin pretender el dominio del otro. Los dos éramos conscientes, de que somos personas diferentes, con nuestras propias necesidades y el derecho a satisfacerlas.

Lo que más me cautivó de ti, fue la respuesta que me diste cuando te confesé que no renunciaría a todo por amor. Aún puedo oír tu voz casi quebrada diciendo:

Trataré de respetar tu derecho a escoger tus propias ideas y a desarrollar tus propios valores, aunque sean diferentes a los míos.

En este mismo instante, te ganaste mi corazón.

¿Y si mi actividad en algún momento, interfiere en el desarrollo de la tuya? – te pregunté.

Después de pensarlo respondiste:

Buscaremos una solución que sea aceptable para ambos, sin recurrir al uso del poder o de la autoridad. Así ninguno vencerá, a expensas de la derrota del otro.

Y yo, que no iba a renunciar a todo por amor, me quedé sin alma porque se fue contigo. Pero no me arrepiento. Tengo lo mejor de ti: TU AMOR Y TU AMISTAD.

Voy a despedirme no sin antes decirte que aunque estoy lejos no me siento sola, porque vivo con tu recuerdo.